

LA ACHIRANA DEL INCA



En 1412 el Inca Pachacútec acompañado de su hijo, el príncipe Yupanqui, y de su hermano Cápac Yupanqui emprendió la conquista del valle de Ica cuyos habitantes, si bien pacíficos, no carecían de virtudes para la guerra.

Comprendiolo así el Inca, les propuso que se sometiesen a su gobierno. Aceptaron de buen grado y el Inca y sus cuarenta mil guerreros fueron bien recibidos por los naturales.

Visitando Pachacútec el territorio conquistado, detúvose unos días en un pago llamado Tate. Su dueña era una anciana a quien acompañaba su bellísima hija. El conquistador creyó, también, que fácil conquistaría su corazón: pero ella, que amaba a un galán de la comarca, tuvo la energía que sólo el verdadero amor inspira para resistir a los enamorados ruegos del omnipotente soberano.

Perdida toda esperanza de ser correspondido, el Inca tomó entre sus manos las de ella y le dijo, no sin ahogar un suspiro:

- Quédate en paz paloma y que nunca la nieve del dolor se extienda sobre tu alma. Pídeme alguna merced que a ti y a los tuyos haga recordar siempre el amor que me inspiraste.

- Señor – le contestó ella, de rodillas y besando el manto real- grande eres. Venciérasme con tu nobleza, pero tengo dueño. No debo pedirlo; pero si te satisface, te ruego nos des agua...

- Discreta eres y me cautivas como con el fuego de tu mirada: ¡Adiós, ilusorio ensueño!

En diez días cumpliré lo que pides.

Y el inca, subiendo al anda de oro, siguió su viaje triunfal.

Durante diez días, los cuarenta mil soldados abrieron el cauce que empieza en el Molino y Trapiche, termina en Tate.

El agua de la achirana del Inca suministra riego a las haciendas que hoy se conocen como Chabalina, Belén, San Jerónimo, Tacama, San Martín, Mercedes, Santa Bárbara, Chamchajaya, Santa Elena, Vista Alegre, Sáenz, Parcona, Tayamana, Bongo, Pueblo Nuevo, Sunanpe y, por fin, Tate

Tal, según la tradición, es el origen de la achirana o “lo que corre limpiamente hacia lo que es hermoso”

EL CORREGIDOR DE TINTA



El día 4 de noviembre de 1780 el cura de Tungasuca, para celebrar a su santo patrón, congregó en opíparo almuerzo a los notables de la ciudad.

El cura Carlos Rodríguez era campechano y caritativo. Lideraba la mesa, teniendo a su izquierda a Túpac Amaru y a su derecha a Micaela Bastidas. De pronto, sintiose el galope de un caballo que se detuvo a la puerta.

El visitante era Antonio de Arriaga, corregidor de Tinta, hidalgo que despotizaba contra europeos y criollos. Grosero, cruel con los indios y muy avaro, había sido excomulgado.

Todos se pusieron de pie a su ingreso. Después de frases vulgares, de haber comido y bebido, dijo: “Mientras empuñe la vara, ningún monigote me ha de resollar gordo”.

A las seis, el insolente hidalgo galopaba de retorno cuando se encontró en medio de cinco hombres armados...

- Dese preso vuestra merced - le dijo Túpac Amaru.

Y sin darle tiempo lo condujeron a Tungasuca.

El 10 de noviembre, frente a la horca en la capilla de Tungasuca, el altivo español oyó a pregonero decir: “Esta es la justicia que don José Gabriel, Inca, manda hacer en su persona por tirano, alevoso, enemigo de Dios, corruptor y falsario”

Pero reventó la cuerda y Arriaga corrió a la capilla, gritando: “¡La Iglesia me vale!”. Iba a entrar, pero lo detuvo el cacique, tomándolo del cuello: “¡No vale la Iglesia a un excomulgado!”, dijo y el verdugo cumplió con su sangrienta labor

Hacia cuatro meses que Agustín de Jáuregui era virrey, cuando cayeron presos el Inca y sus vasallos; ejerciendo con ellos los más bárbaros horrores

Areche fue el encargado.

En julio de 1783 ejecutaron a Felipe, hermano del Inca

El 26 de abril de 1784, Jáuregui recibió un canastillo de cerezas. Apenas probó dos o tres cayó al suelo sin sentido. Treinta horas después se abría en palacio el salón de recepciones; y en un sillón, se veía a Jáuregui uniformado

Con arreglo al protocolo, el escribano, seguido de la Real Audiencia gritó por tres veces “Excelentísimo Agustín de Jáuregui!”. Y luego añadió: “No responde, ¡Falleció!”. Y los oidores estamparon sus firmas. Así vengaron los indios la muerte de Túpac Amaru.

EL VIRREY DE LA ADIVINANZA



Preguntábamos a cierto anciano sobre la edad que tendría una respetable matrona, y el buen viejo nos dijo: “Nació dos años antes de que el virrey de la adivinanza viajara a España”.

- ¿Y quién era ese virrey adivino?

- Abascal, a quien debe Lima su cementerio, la gran escuela de Medicina y quien recibió a los últimos esclavos africanos.

El virrey, que se enfrentaba al cabildo y el clero, se burlaba de los pasquines que pululaban en Lima. La grito popular, que apuntaba a motín, tampoco le atemorizaba, pues tenía dos mil quinientos soldados para su reguardo.

Hay un hecho que retrata su valentía. El 7 de noviembre de 1815, en la plaza Santa Catalina, el regimiento Extremadura se rebeló y el gesto se extendía a los cuarteles de húsares y dragones. Abascal montó su caballo y, sin escolta, entró en el cuartel, bastando su presencia y energía para reponer el orden.

Pero, la idea independentista ya germinaba en el Perú.

Abascal había sofocado la revolución en Tacna y Cuzco, y pugnaba de hacerlo en el Alto Perú. Mientras siga en el poder, juzgaban nuestros patriotas, será más difícil lograr la libertad.

Una mañana- al acercarse a su escritorio- vio tres saquitos, los que mandó arrojar después de ver su contenido. Se encolerizó, gritó, castigó criados y hubo dos o tres arrestos.

Y la broma se repitió a los quince días. Entonces, anunció a la Real Audiencia que se dignase apoyar su renuncia. Así, el 7 de julio de 1816 entregó el mando a Joaquín de la Pezuela.

Abascal intuyó que la lucha estaba perdida en el Perú. Le había escrito a una amistad en España, este profético mensaje: “Traté de atajar el torrente, y no quiero, ante la Historia y ante el rey, cargar con el hecho de que el Perú se pierda en mis manos”.

Ahora saquemos del limbo al lector. El contenido de los saquitos que propiciaron su renuncia, era: “SAL - HABASCAL”. Sin consultar brujas, el virrey descifró esta charada: “Sopla, vivo te lo doy, y si muerto me lo das, tú me lo pagarás”. He aquí por qué tomó el tole para España, don José Fernando de Abascal y por qué es llamado el virrey del acertijo.

LA ENTRADA DEL VIRREY



Seríamos distraídos si no describimos la entrada a la ciudad de un virrey. El primero que entró con ceremonial fue don Andrés Hurtado de A Mendoza. Llegados de México o España recalaban en Paita y a caballo hasta Santa; de allí, enviaban los pliegos y títulos para el virrey saliente o la Audiencia.

La Audiencia los pasaba al Cabildo y al otro día, autoridades y vecinos ilustres salían a la plaza, y entre música y cohetes se pregonaba la noticia. El día de la entrada, a las doce, montaba el virrey en un lujoso coche. La procesión iba por la calle de las Mantas hasta San Sebastián, y luego Monserrate.

Allí se le acercaba el mayordomo de la ciudad, y ofrecía le el caballo. Descendía el virrey, subía al tablado y (con su esposa, si la había) sentábase para presenciar el desfile. Llegaban la Inquisición, el Cabildo y aguardaba la Real Audiencia.

Parábase el virrey y uno de los regidores, comisionado por el Cabildo dirigíale el discurso de saludo, que finalizaba llamándolo a juramento. El virrey se arrodillaba y el escribano del Cabildo decía: “¿Vuecencia, jura por Dios, Santa María, los Evangelios; por el crucifijo y señal de la cruz, que guardará a la ciudad los fueros que los reyes le han concedido?”.

- Así juro y prometo -contestaba el virrey.

- Si así lo hiciere, Dios le ayude -decía el más anciano de ellos.

Y el pueblo, humildísimo, vasallo, prorrumpía en vítores. Una salva de artillería anunciaba urbí et orbí que el virrey acababa de jurar. La Audiencia se acercaba y montaba el virrey a caballo. De los balcones arrojaban las señoras flores sobre él.

En el atrio de la Catedral, el clero lo recibía y se cantaba un Tedeum. Luego, con los oidores y personalidades entraba en palacio, donde lo recibía el virrey cesante.

Las candeladas en las calles, corridas y demás regocijos no se ceñían a programa alguno.

La huelga duraba tres días.

UN VIRREY CASAMENTERO



Andrés Hurtado de Mendoza, virrey del Perú, fue tenaz en ser casamentero. Una tarde, -al visitar al oidor Santillán- recibió su sobrina Beatriz, hembra de buen ver, viuda recatada y hacendosa, sin hijos, codiciable de rostro y cuerpo.

De su diálogo con Beatriz sacó el virrey que ella no haría ascos a nuevo casamiento. Propúsose pues, casarla y apadrinar la boda. Quería para su futura ahijada el mozo más gallardo de Lima. Por eso, al pasar revista a los solteros, fijose en Diego López de Zúñiga, joven que frisaba la edad de Cristo y provenía de hidalgos castellanos. De sangre revolucionaria, soñaba con armar de nuevo la gorda, viviendo a punto de rematar en la horca. El virrey mandó llamar a don Diego y le dijo:

- Déjese de locuras, que yo me ocupo en cambiar su suerte.

Don Diego dijo que se quejaba del gobierno por no premiar sus servicios a la altura de su valía. El virrey le oyó comprensivo y le dijo: “Vuelva mañana y trataremos”.

Volvió el virrey donde Beatriz, anunciándole casarla con el hidalgo más buen mozo de Lima. Al día siguiente, llegó don Diego y el virrey le dijo: “Venga acá, que saltará de gozo cuando sepa la dicha que le aguarda. ¿Conoce a Beatriz Santillán? ¿La quisiera por esposa?”.

Pregunta a quemarropa y, tras el suspenso, contestó:

- Es bellísima, pero no, señor virrey -contestó con firmeza.

- Cómo... - balbuceó el virrey - ¿Cómo es eso?

- Que no quiero casarme con doña Beatriz, está dicho.

- ¡A la horca irá! ¡Carámbanos! -gritó el casamentero.

Un poco más sereno, el virrey se detuvo y le preguntó:

-¿Tiene algo que alegar contra su honestidad?

- No, -contestó- no me caso porque soy pobre y ella rica.

El virrey terminó ordenando la prisión de don Diego. ¿Lo ahorcó? No, pero con otro pretexto, lo desterró a España.

En cuanto a Beatriz, las calabazas de don Diego la afectaron; porque desdeñando otros partidos que este le propuso, la emprendió al Cuzco, a la muerte de su tío el oidor, donde se metió de monja en el monasterio de Santa Clara.

LA HONRADEZ DE UN ÁNIMA BENDITA



El 16 de enero de 1628 emprendió viaje para el Purgatorio un limeño llamado Diego Pérez de Araus.

Ya en el otro mundo entró a su ánima el remordimiento de que, en cierta noche, le había ganado a su amigo Antonio Zapata, no diré una suma morrocotuda, sino la pigricia de doscientos pesos.

Ánima de muchos escrúpulos de monja boba debió de ser la del tramposo Pérez de Araus, porque dio en aparecérselo todas las noches a su acreedor Zapata, quien de tanto dar diente, por el terror que le causaba la visita, empezó a perder carnes. En vano era que en casa aparición preguntaba Zapata qué cosa se le había perdido al ánima bendita. El espíritu de Dieguillo no despegaba los labios para dar respuesta.

La viuda de Pérez, que era moza, y de buen ver y mejor palpar, se asustó tanto con la nueva, de diz que ya desde esa noche no durmió sola, recelando que ánima del difunto se le antojara ocupar su legítimo sitio en el lecho matrimonial.

Afortunadamente vivía en Lima, en el monasterio de las Descalzas, una monja más milagrera que la mitad y otro tanto, a la cual expuso su cuidada el desventurado Zapata.

Junto esperaron esa noche la aparición; cuando ello ocurrió:

- De parte de Dios te mando – concluyó la monja – que me digas francamente a qué vienes a Lima.

Parece que el ánima de Pérez de Araus declaró que sus idas y venidas eran motivadas por el remordimiento de haberle ganado, a la mala, doscientos pesos a su amigo.

- ¡Pues buen modo de paga tienes, hijito! ¿Eso se estila por allá? ¡Eah! Lárgate y no vuelvas, que yo hablaré con tu muer para que ella pague por ti. Vete tranquilo a tu Purgatorio y no te reconcomas por candideces.

Y efectivamente, el alma de Diego Pérez no volvió a rebullirse.

La monja llamó a la alegre viudita y la intimó que pagase a Zapata los doscientos duros de que el difunto se había confesado deudor. Madama quiso protestar el libramiento, alegando razones que probablemente serían de pie de banco, porque la sierva de Dios le repuso con toda flema:

- Buena, hijita. Como quieras. Que pagues o no pagues, me es indiferente. Lo que sí te aseguro es que esta noche tendrás de visita a tu marido. Él se encargará de convencerte... y hasta de cobrarte cuentas atrasadas.

Ante tal amenaza, la viudita, cuya conciencia no estaría muy sobre la perpendicular, se avino a pagarle a Zapata los doscientos de la deuda.

Ahora bien, digo yo: ¿no conviene usted conmigo en que en este condenado y descreído siglo XIX, las benditas ánimas del Purgatorio se han vuelto muy pechugonas, tramposas y sinvergüenza, para delicadeza de las ánimas benditas de hace tres siglos?

Hemos visto a una de estas infelices en trajines del otro mundo a éste, para pagar una miserable deuda de doscientos pesos. ¿Y hoy? Mucha gente se va al otro barrio con trampa por centenares de miles y en el camino se les borra de la memoria hasta el nombre del acreedor.

EL CONDE CONDENADO



Vivía en el Cusco un acaudalado vástago de conquistadores, quien junto con valiosas propiedades rústicas y urbanas heredó el título de conde. Por irreligioso y avaro era su señoría mal querido del pueblo.

En una de sus haciendas, y con escaso salario, tenía por administrador a un honradísimo asturiano, infatigable para el trabajo e incapaz de ensuciar su conciencia sisando una peseta.

El administrador no tenía más pasión que criar gallinas y palomas, para cuya manutención tomaba todas las mañanas de los bien provistos granaderos de la casa, una ración de maíz y otra de trigo. Todo ello importaba casi un real diario.

Cinco años llevaba de ejercicio en su empleo sin haber dado el menos motivo de queja al conde; cuando enfermóse el buen mayordomo, vino el físico o matasanos, le examinó la lengua, y haciendo un mohín declaró que no había sujeto, o lo que es lo mismo, que el doliente se marchaba por la posta. Nuestro español pensó entonces en presentarse ante Dios con el pasaporte en regla y, para que los refrendase como manda la Iglesia, hizo venir a un franciscano que gozaba fama de sanidad. En la confesión asaltólo el escrúpulo de que durante cinco años había estado disponiendo, sin la voluntad del patrón, de una cantidad de trigo y maíz, cuyo importe valorizaba en un real diario.

Al lado de la enormidad de su delito, los robos de Dimas y Gestas, crucificados por ladrones, no pasaban de travesuras propias de los angelitos que Herodes condenó a la degollina. En vano se esforzó el sacerdote en persuadirlo, que lo que tanto le escarabajeaba la conciencia, apenas si podría entrar en la categoría de pecadillo venial. Nuestro hombre era asturiano, o

lo que es igual, duro de cabeza, y para morir tranquilo exigió del confesor promesa de verse con el conde y alcanzar de él amplio perdón. Ofrecióse así el franciscano, y entonces el mayordomo cerró el ojo, y liviano de culpas y remordimientos echóse a dormir el sueño eterno en paz y a salvo con la conciencia.

Pocos días después, fue el fraile a casa del potentado y hablóle de la humilde pretensión que le encomendara el difunto.

- ¿Caracoles? ¿Con que esas teníamos? ¿Conque ese tagarote me robaba un real al día? ¡Y cinco años duró la ganga! Métale pluma, padre, métale pluma... Las cuentas claras y el chocolate espeso ¡Cien duros mal contados!

- ¡Ah ladrón! ¡No te perdono! ¡Y luego se ha muerto por o pagarme, y para mayor burla manda a su reverencia a que me lo cuente! ¡Vamos, no lo perdono!

Su señoría se exaltaba cada vez más, y juraba que no perdonaría nunca al que tuvo la desvergüenza de morirse sin pagarle siguiera los cien duros.

Despidióse el franciscano espantado ante avaricia tamaña, y echóse de casa en casa a pedir limosna. La caridad de los cusqueños no desoyó la súplica del santo religioso, y al día siguiente presentóse éste en casa del conde y le entregó los cien duros.

- ¡Vaya! De mal, el menos. Ese pícaro ha vuelto por su honor. Puede su paternidad mandarle mi perdón por el correo con el primer pasajero que despache para la otra vida.

Un año después no había sitio ni para una paja en la iglesia de Santo Domingo del Cuso, tanta era la gente allí una mañana. No sólo el pueblo, atraído por la curiosidad, sino lo más graneado del vecindario concurría a los funerales del nobilísimo conde.

Multitud de plañideras esperaban en el atrio la salida del cortejo fúnebre para gimotear, accidentarse y lucir las demás habilidades de su oficio. Habían sido bien pagadas para esto y querían ganar en conciencia la pitanza.

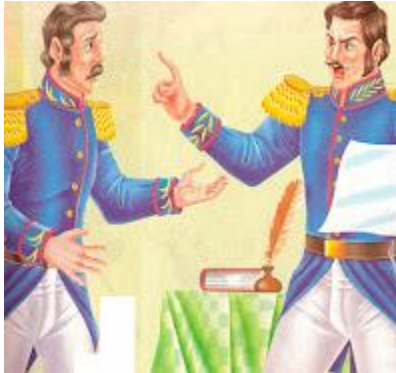
Pero en el momento en que los sacerdotes despedían el cadáver y, el oficiante hacía uso de la caldereta y del hisopo, rociando al difunto con agua bendita, estalló gran tumulto y la gente corrió en todas direcciones. El ataúd quedó abandonado.

Un perro rabioso había entrado en el templo, y lanzándose sobre el cadáver lo destrozó horriblemente.

El pueblo vio en este suceso una manifestación de la justicia divina, que castigaba así al que no supo perdonar.

En el Cusco hay, desde ese día, una casa a la que llaman la casa del Conde condenado.

UNA GENIALIDAD



En el ejército de Salaverry había unos treinta oficiales excedentes, a los que se les llamaba “rabones”.

Iban en las marchas a la vanguardia, siendo los primeros en llegar a los pueblos, donde cometían extorsiones infinitas. Al entrar las tropas, ya ellos habían tomado los mejores alojamientos y matado el hambre y la sed. Con frecuencia, recibía Salaverry quejas de los vecinos por sus abusos, hasta que – fastidiado - llamó al jefe del Estado Mayor, José María Lastres, y le dijo: Coronel, reúnalos, califíquelos y destínelos.

Lastres escogió veinte. Quedaron nueve o diez, a quienes consideró peligroso colocarlos en el ejercicio.

Al día siguiente, le preguntó don Felipe Santiago: y bien, coronel... ¿qué ha dispuesto con los rabones?

_ He colocado a veinte en el ejército; pero de los otros, que son corrompidos, francamente, no sé qué hacer.

_ ¿No sabe qué hacer con ellos? Pues, fusílelos.

_ ¡Fusilarlos, mi general! -exclamó asustado Lastres...

_ Sí, fusílelos hoy mismo. La patria ganará deshaciéndose de oficiales indignos de la honrosa carrera de las armas...

_ Que el mate el enemigo y no nosotros -arguyó Lastres. Y le costó lograr que Salaverry revocase la orden:

_ Impóngales la orden de tomar un fusil y batirse siempre que haya cambio de balas. Ya que no pueden servir como oficiales, que sirvan como hombres - dijo Salaverry.

Pero, la genialidad del jefe supremo no fue secreto para los rabones. Sabiendo que arriesgaban la pelleja, cambiaron un tanto su conducta; comportándose heroicamente en Uchumayo y Socabaya. Todos menos tres, en diez días, murieron como bravos en defensa de su bandera y del caudillo que representaba la causa de la voluntad peruana.

AL PIE DE LA LETRA



El capitán Paiva era un cuzqueño de fuerza hercúlea, honrado y humilde de meollo. Todo lo entendía ad pedem literae “al pie de letra”. En Junín llegó a capitán, pero allí quedó; sus Jefes se resistían a ascenderlo.

En 1835, Salaverry era jefe supremo y admirador de la bizarría de Paiva. Al llegar a la presidencia, fue su hombre de confianza. Una tarde llamó a Paiva, y le dijo:

- Busca a fulano, me lo traes y sino, allanas su casa.

- No lo vi; -dijo al volver- pero la casa quedó bien llana.

Felipe apagó la risa y pensó: “¡Pedazo de bruto!”

Tenía Salaverry por asistente al soldado “Cuculí”.

Habían mataperreado juntos, teniéndole especial cariño. No sabía leer, pero era hábil con la guitarra, la zamacueca, en empinar el codo y batirse por una pelandusca. Abusando de su afecto, cometía barrabasada y media. Llegaban quejas, y Salaverry lo arrestaba o le daba una paliza:

_ ¡Se me calienta la chicha, - amenazó Felipe - y te fusilo!

El asistente sufría el castigo y volvía a las andadas. Gorda, muy gorda -, debió ser la queja a Salaverry, porque dirigiéndose a Paiva, le ordenó:

_ Llévate a este bribón y fusílalo “entre dos luces”.

_ ¡Cumplido! - dijo al volver -. Lo fusilé en medio de faroles.

“Dos luces” era al rayar el alba. Iba a indultar a Cuculí. Felipe ocultó una lágrima y susurró: “¡Pedazo de bruto!”.

Desde ese día quedó escarmentado Salaverry.

Poco antes de Socabaya, hallábase un batallón del ejército de Salaverry acantonado en Chaclapampa. Una guerrilla boliviana se presentó, y aunque sin dañar, los provocaba. El general llegó, descubriendo una división enemiga a diez cuadras de los guerrilleros, y como sus balas no los alcanzaban dejó que siguiesen gastando pólvora.

- Dama lanceros -dijo Paiva - y te traeré un boliviano.

- No es preciso -le contestó don Felipe.

Y siguió Paiva molestando, tanto, que Salaverry le dijo:

- ¡Haz lo que quieras Anda! ¡Hazte matar!

Paiva escogió diez lanceros, desconcertó y dispersó al enemigo, e inclinándose cogió del cuello a un oficial boliviano, lo desarmó y lo puso a la grupa de su caballo.

Y emprendió regreso; tres lanceros habían muerto en la heroica embestida y varios volvieron heridos.

- Manda tocar diana - gritó Paiva -. ¡Viva el Perú!

Y cayó del caballo. Tenía dos balazos. Salaverry le dijo: “Anda y hazte matar”

Y decir esto a quien todo lo entendía al pie de la letra, era condenarlo a muerte. Yo sospecho que Salaverry, al separarse del cadáver, murmuró conmovido: “¡Valiente bruto!”

LA ÚLTIMA FRASE DE BOLÍVAR



Sucedió en la hacienda San Pedro Alejandrino, en una tarde de diciembre de 1830.

En el espacioso corredor y sentado en un sillón, veíase a un hombre demacrado, a quien una tos tenaz convulsionaba de hora en hora. El médico le propinaba una poción calmante, y dos viejos militares, que silenciosos y tristes paseaban en el salón, acudían solícitos al corredor.

Más que de un enfermo, se trataba ya de un moribundo; pero de inmortal renombre.

Pasado un fuerte acceso, el enfermo se sumergió en profunda meditación, y luego dijo con voz muy débil:

- ¿Sabe usted, doctor, lo que me atormenta al sentirme ya próximo a la tumba?

- No, mi general.

- la idea de que tal vez he edificado sobre arena movediza y arado en el mar.

Una sonrisa tristísima se dibujó en su rostro y...

- ¿No sospecha usted, doctor, quiénes han sido los tres más insignes majaderos del mundo?

-dijo pausadamente.

- Ciertamente que no, mi general.

- Acérquese usted, doctor... se lo diré al oído. Los grandísimos majaderos del mundo hemos sido Jesucristo, Don Quijote y... yo.

SECRETO DE CONFESIÓN



Fray Pedro Marieluz nació en Tarma, en 1780. Educose en el noviciado y en, 1805 recibió las órdenes sacerdotales.

Estábamos en vías de “independizarnos” y la moda era ser patriota; pero él era más realista que el rey. Cuando en julio de 1821 abandonó.

La Serna la capital, fue Maneluz uno de los que siguieron al ejército español y el Virrey lo hizo capellán. Posesionado Ramón Rodil de los castillos del Callao, se le unió como vicario castrense.

Derruido el poder español en la batalla de Ayacucho y sitiado el Callao, el padre resistió en el Real Felipe; pero en setiembre de 1825, la conspiración cundía entre ellos.

Una noche, Rodil se enteró que estallaría una revolución liderada por el oficial Montero. Los apresó, pero ellos se negaron a hablar. Ordenó fusilarlos a todos, llamando Maneluz para que proceda a confesarlos.

Algunos de los fusilados dejaban esposa, madre o hermana. Rodil hizo que llegasen al bando patriota para dar a saber su ferocidad al derrotar revoluciones. Nadie, en los cuatro meses que duró el sitio, volvió a conspirar.

- ¿Quién sabe -pensaba Rodil- si vivirán otros rebeldes? El confesor ha de saberlo... ¡Ea, que llamen a Marieluz! Y venido este, encerrose con él y le dijo:

- Seguro, que en la confesión le han revelado sus planes. En nombre del rey exijo que lo cuente todo.

- ¡No sacrificaré mi salvación revelando ese secreto! -dijo el fraile.

- ¡Fraile, -amenazó Rodil- o lo cuentas todo o te fusilo!

- Si Dios ha dispuesto mi martirio, hágase su voluntad.

- ¡Capitán Iturralde!.. Aquí cuatro “budingas” con bala... ¡De rodillas, fraile!

- rugió la fiera del castillo. ¡Apunten! – Gritó - ¡Por fin, le intimo a que declare!

- En nombre de Dios me niego a declarar -contestó.

- “¡Fuego!” y Fray Pedro Marieluz, doble mártir de la religión y del deber, cayó destrozado por las balas.

GETHSEMANÍ



José Maní era un indio de Huacho, propietario en Lauriama del terreno conocido como el Huerto de José Maní. Vendiendo naranjas, chirimoyas y aguacates, logró un decente caudalito; y con él, prestigioso para ser regidor en el Cabildo de su pueblo.

En la Cuaresma de 1795, los vecinos contrataron a un dominico de Lima para que se encargara de predicar en Huacho el sermón de las Tres horas, obra del jesuita Alonso Mesía y que, por mandato pontificio, se ha generalizado en el orbe católico.

El viernes Santo con cabía ya ni un alfiler de punta en la iglesia, no sólo de los fieles residentes sino de los venidos de cinco leguas a la redonda. José Maní, con capa española que le hacía sudar a chorros por lo recio del verano, se repantigaba en uno de los sillones destinados a los cabildantes.

El predicador, después de un largo exordio, habló de la Pasión. Y cada vez que hablaba del huerto de Gethsemaní, las miradas se volvían hacia José Maní, al enterarse del papel que su huerto desempeñaba en la vida de Cristo. ¡Qué honra para los huachanos! Lo de huerto Gethsemaní, lo atribuyeron a un lapsus Linguae, muy disculpable en un fraile forastero.

Pero cuando dijo que fue allí donde los judíos capturaron al Maestro, los ojos se volvieron a mirarlo, como reconviniéndolo por su cobardía en haber consentido que, en su terreno, se cometiese tamaña felonía con un huésped: ¡el Dios de Israel!

Hasta el alcalde, volviéndose hacia Maní, le dijo: “Defiéndase, si no quiere que, al salir, lo mate el pueblo a pedradas”

Entonces, José Maní interrumpió al predicador, y dijo: “Oiga padre, no me meta a mí en esa danza, que no yo conocí a Jesucristo ni nunca le vendí fruta; y se entró a mi huerto lo hizo sin licencia mía; yo no tuve arte ni parte en que lo llevaran a la cárcel, y... ¡Aleluya! ¡Aleluya! Cada cual está a la suya”

LA GRUTA DE LAS MARAVILLAS



Cerca al caserío de Levitaca, Chumbivilcas, existe una gruta- prodigio natural- que es visitada por hombres de ciencia y viajeros, que dejan su nombre grabado en las rocas de ingreso. Entre ellos están los de Castilla, Vivanco, San Román y Pezet. No es posible pasar de las primeras galerías, pues quien lo hiciera moriría asfixiado por los gases que salen del interior. He aquí la leyenda sobre la hermosa gruta:

En 1181, Mayta Cápac iba a conquistar a los Chumpihuillcas gobernados por Huacari, un joven y arrogante príncipe, quien alistó siete mil hombres y acudió al río Apurímac, resuelto a impedirlo.

Mayta Cápac hizo construir un gran puente de mimbres, del sistema de puentes colgantes, y pasó con treinta mil guerreros a la orilla apuesta. El puente, el primero en América, dejó admirados a los vasallos de Huacari e infundió tan supersticioso terror, que persticioso terror, que muchos emprendieron vergonzosa fuga.

Huacari, convencido de la esterilidad de resistir a tantos enemigos y luego de dispersar sus reducidas tropas, marchó con sus parientes y jefes a encerrarse en su palacio. Allí, prefirieron morir de hambre antes que rendir vasallaje al conquistador.

Compadecidos los auquis o dioses tutelares de un príncipe tan joven como virtuoso, y para premiar su patriotismo y la lealtad de sus capitanes, los convirtieron en preciosas estalactitas y estalagmitas que se reproducen bajo variado, fantástico y siempre bellísimas cristalizaciones. En uno de los pasadizos o galerías que hoy se visitan, sin temor a las mortíferas exhalaciones, vese el pabellón del príncipe Huacari y la figura de este, en actitud que los naturales interpretan de decir a sus amigos: “Antes la muerte que el oprobio de la servidumbre”

REFRANERO LIMEÑO



Tenía nuestro Señor, cuando peregrinaba por este valle de lágrima, no sé qué asuntillo por arreglar con el Cabildo de Camaná. Él y San Pedro emprendieron la caminata y cuando hallábanse ya a una legua de Camaná, del fondo de un olivar salió un labriego, que tomó la misma dirección que nuestros dos viajeros.

San Pedro, que era muy cambalachero y amigo de meter letra, le dijo:

- ¿A dónde bueno, amigo?

- A Camaná –contestó el patán, y murmuró entre dientes: ¿Quién será este tío tan curioso?

- Agregue usted si Dios quiere, y evitará el que lo tilden de irreligioso – arguyó San Pedro.

- ¡Hombre! –exclamó el palurdo, mirando de arriba abajo al apóstol –. ¡Quiera o no quiera Dios, a Camaná voy!

- Pues no irás por hoy –dijo el Salvador, terciando en la querella.

Y en menos tiempo del que gastó en decirlo, convirtió al patán en sapo, que fue a zambullirse en una lagunita cenagosa vecina al olivar.

Y nuestros dos peregrinos continuaron su marcha como si tal cosa.

Parece que el asuntillo municipal que los llevara a Camaná fue del más fácil arreglo, porque el día siguiente emprendieron viaje de regreso, y al pasar junto a la laguna poblada de sapos, acordóse San Pedro del pobre diablo castigado en la víspera, y le dijo al Señor:

- Maestro, ya debe estar arrepentido el pecador.

- Lo veremos –contestó Jesús.

Y echando una bendición sobre la laguna, recobró el sapo la figura del hombre y echó a andar camino de la villa.

San Pedro, creyéndole escarmentado, volvió a interrogarlo:

- ¿A dónde bueno, amigo?

- A Camaná –volvió a contestar lacónicamente el transfigurado –diciendo para sus adentros: ¡Vaya un curioso majadero!

- No sea usted cabeza dura, mi amigo. Tenga crianza y añada si Dios quiere, no sea que se repita lo de ayer.

Volvió el patán a medir de arriba abajo al apóstol y contestó:

- Soy camanejo, y no cejo. A Camaná o al charco.

Sonrióse el Señor ante terquedad tamaña y le dejó seguir tranquilamente su camino. Y desde entonces fue aforismo lo de que la gente camaneja es gente que no ceja.

LAS ANTIGUAS ARMAS DE FUEGO



Aquellos eran tiempos en los que, para entrar en batalla, se necesitaba tener un gran corazón. Los combates terminaban cuerpo a cuerpo, y el vigor, la destreza y lo levantado del ánimo decidían del éxito. Las armas de fuego distaban tres siglos del fusil de aguja y era más bien un estorbo para el soldado, que no podía utilizar el mosquete o arcabuz si no iba provisto de eslabón, pedernal y yesca para encender la mecha.

La artillería estaba en la edad del babador; pues los pedreros o falconetes, si para algo servían era para meter ruido como los petardos.

Propiamente hablando, la pólvora se gastaba en salvas; pues no conociéndose aún escala de punterías, las balas iban por donde el diablo las guiaba. Hoy es una delicia caer en el campo de batalla, así el mandria como el audaz, con la limpieza con que se resuelve una ecuación de tercer grado.

Muere el prójimo matemáticamente, en toda regla, sin error de suma o pluma; y ello, al fin, debe ser consuelo que se lleva el alma al otro barrio.

Decididamente, hogaño una bala de cañón es científica que nace educada y sabiendo a punto fijo dónde va a parar. Esto es progreso, y los demás es chiribitas y agua de borrajas.

CARIDAD DE SANTO TORIBIO



Toribio Alfonso de Mogrovejo nació en Mayorga ciudad del antiguo reino de León, en España, y entró en Lima con el carácter de arzobispo el 24 de mayo de 1531.

La caridad de Mogrovejo fue verdaderamente ejemplar.

No sólo agotaba sus recursos para socorrer a los necesitados, sino que aún recurría a la fortuna de su hermana.

Una ocasión, no teniendo qué dar, regaló el candelabro de plata de su dormitorio, quedándose el arzobispo con la bruja en la mano.

A doña Grimanesa, su hermana, y a su marido, les hacía poca gracia las larguezas del deudo, y por más que lo intentaban, no conseguían atarlo corto.

Una curiosa anécdota de su ilustrísima:

Cierta noche pasaba con un familiar por la puerta del palacio del virrey. El centinela dio la voz de:

- ¡Alto! ¿Quién vive?
- Toribio – contestó el prelado.
- ¿Qué Toribio?
- El de la esquina.

Con esta respuesta salió el oficial de mal talante a reconocer al burlón, prometiéndose hacerlo dormir sobre una tarima del cuerpo de guardia.

Pero se encontró con el arzobispo, que conducía en sus hombros un moribundo.

La aventura se hizo pública al día siguiente, y el virrey don García llamaba desde entonces al arzobispo Toribio el de la esquina.

Sabido es que la casa arzobispal está situada en una esquina que forma ángulo con el palacio de gobierno.

Murió el arzobispado Mogrovejo en Saña, a la edad de sesenta años, el Jueves Santo 23 de Marzo de 1606, habiendo gobernado su iglesia veinticuatro años diez meses.

Inocencio XI lo beatificó en 1679, y fue canonizado por Benedicto XIII en 1727.

LOS INCAS AJEDRECISTAS



Se sabe por tradición las intensas partidas de ajedrez que sostenían los capitanes Hernando de Soto y Juan Riquelme entre otros, en la casa donde estuvo prisionero el Inca Atahualpa, desde noviembre de 1532 hasta la víspera de su sacrificio, un año después. Era común ver a los hispanos sentarse frente al tosco tablero y mover las fichas de barro, mientras el Inca aparentemente se sumía en la preocupación de su destino final, sin prestar atención a las partidas. Pero pronto, demostraría que no era así. En una de las tardes ajedrecistas de Hernando de Soto y Riquelme, el primero intentó movilizar el caballo, pero el inca lo detuvo diciéndole "No capitán, no... el castillo". 2=-

Ante la sorpresa general. Después de una breve reflexión, De Soto siguió el consejo y dio un inesperado mate, luego de Unas cuantas jugadas.

Desde aquella tarde, el inca era invitado a jugar una sola partida por De Soto, quien le cedía las piezas blancas en muestra d gentileza. Atahualpa se convirtió en un buen discípulo. Otros españoles, salvo Riquelme, también lo invitaban, pero el inca declinaba cortésmente a través de su intérprete Felipillo.

La tradición popular cuenta que Riquelme no perdonó la intromisión de Atahualpa en su derrota ante De Soto, y que su voto fue uno de los trece que contra once, determinaría la pena de muerte al Inca.

Pero el ajedrez cobraría nuevamente protagonismo entre los incas y los hispanos... para congraciarse con los nativos, Pizarro entregó la insignia imperial a Manco, un joven de apenas 18 años a quien como primogénito de Huáscar correspondía la corona. Sin embargo, en la contienda entre almagristas y pizarristas que se sucedieron por el poder, Manco apoyó a los primeros y los acogió en Vilcabamba, donde había fijado su corte, La convivencia con los almagristas hizo que el nuevo inca "españolizara" y cogiera sus gustos, entre ellos, el ajedrez y las bochas. Estaba escrito una vez más, que el ajedrez movería sus piezas con el signo de muerte.

Una tarde, jugando una partida con un hispano, intentó hacer un enroque prohibido por las reglas del juego. Apenas lo hizo, se escuchó un comentario despectivo de su oponente, al que Manco pasó por alto para seguir defendiendo su jugada

Los ánimos se caldearon y un bofetón del inca al agresor, fue respondido por dos puñaladas que apagaron su vida. Los nativos cobraran venganza y mataron no sólo al verdugo de Manco,

sino a cuanto español encontraban en el lugar. Irónicamente, mover las piezas de un noble luego, determinaba una vez más el destino de un inca.

EL DEMONIO DE LOS ANDES



Castilla la Vieja dio cuna al soldado que, por sus hazañas, lo llamaron en la Colonia: “el Demonio de los Andes”. Francisco de Carbajal vino al Perú a apoyar a Francisco Pizarro. Y a la muerte de este, enfrentó a Almagro. En Chupas, con sólo un tercio de realistas, venció al enemigo.

Volvía a España, pero lo nombran maestro de campo. Tras la victoria de Ñaquito, Gonzalo Pizarro pudo liberarnos, pero fracasó. Y al arribo de Gasca, con poderes de Felipe II, Carbajal impidió una traición masiva.

Acosado en el Sur, - en Huarina - y gracias al valor de Carbajal, Pizarro logró su última victoria. El 9 de abril de 1548, en la batalla de Sacsahuamán (sic), ascendió a Cépeda; resignándose Carbajal a pelear como simple soldado. Roto el fuego, se pasaron al campo rival el segundo de Cépeda y el Capitán de la Vega, padre del cronista. Gasca triunfó con laureles baratos y sin derramamiento de sangre.

Vencido, rodearon a Carbajal sus enemigos con afán de matarlo: más lo salvó la intervención de un tal Centeno.

- ¿No me conoce? - le dijo -. Soy Diego Centeno.

- ¡Dios! -dijo Carbajal, evocando la traición de Charcas y Huarina-. Como lo vi siempre de espaldas, no lo reconocí.

A Pizarro, como caballero, lo decapitarían. Y Carbajal, como plebeyo, sería arrastrado y descuartizado.

Un mercader llegó a cobrarle veinte mil ducados. Carbajal se des ciñó la vaina de la espada, y le dijo:

- Pues, tome a cuenta esta vaina...

Al ser arrastrado, soltó una carcajada y cantó: “¡Qué fortuna! Niño en cuna, viejo en cuna. ¡Qué fortuna!”.

Querían despedazarlo. Al verdugo, Juan Enríquez, le dijo feliz: “Hermano, trátame como de sastre a sastre”.

Fue ajusticiado en el mismo campo de batalla el 10 de abril, a los 84 años. Luego, Gasca ingresaría al Cuzco.

Su ferocidad era proverbial; pero le reconocían una gran virtud: la fidelidad... Jamás toleró la perfidia.

PAN, QUESO Y RASPADURA



Diciembre de 1824 principiaba tomando el ejército español, mandado por el virrey La Serna, la ofensiva sobre el ejército patriota a órdenes del general Sucre.

El ejército del virrey se componía por doce batallones de infantería, cinco cuerpos de caballería y catorce cañones. Su fuerza era de nueve mil trescientos hombres.

Los patriotas contaban sólo con diez batallones, cuatro regimientos de caballería y un cañón rescatado de un museo limeño. En total: Cinco mil ochocientos hombres.

La superioridad española era notoria. Y entre los patriotas, para mayor conflicto, sólo había carne para racionar a la tropa por uno o dos días más.

La Mar se dirigió a la choza que alojaba a Sucre:

- ¡Y bien!

¿Qué haría usted en mi condición? - preguntó.

- ¡Dar mañana la batalla!, -dijo la Mar- ¡vencer o morir!

La junta de guerra, por unanimidad, optó por hacerlo. Y cuando el coronel O' Connor solicitó la contraseña:

- ¡Pan, queso y raspadura! -contestó La Mar, refiriéndose al magro rancho de aguardiente, queso, pan y chancaca. Santo y seña patriota al romperse los fuegos en Ayacucho.

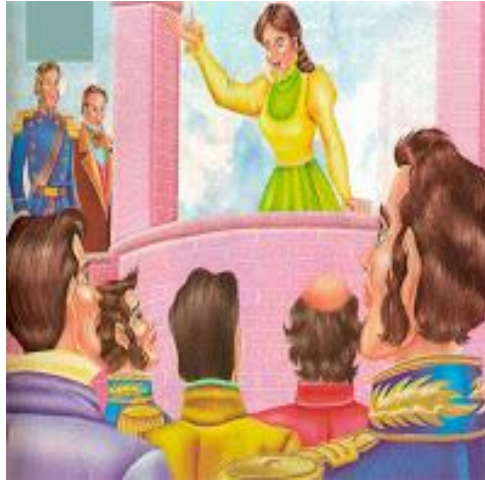
Iniciada la gloriosa batalla, Sucre -en su brioso caballo- gritó vibrante:

“¡Soldados! De los esfuerzos de hoy pende la suerte de América. ¡Que otro día de gloria corone vuestra admirable constancia!”.

Y cuando Sucre, viendo ganada la batalla, impulsó al valiente Córdova; este lanzó su original arenga: “¡División! ¡De frente! ¡Arma a discreción y paso de vencedores!”.

A la caída del sol de ese 8 de diciembre, Canterac firmaba la capitulación de Ayacucho. Y esa tarde, cuando Miller acudió a la choza de Sucre en busca de alimento, sólo pidió aguardiente, queso y pan porque de raspadura bastaba la que le habían propinado a los españoles.

6X6 SON TREINTAISÉIS



Doña Francisca Zubiaga -esposa de Agustín Gamarra- fue mujer que, en lo política y guerrera, no cedía punto a Catalina de Rusia. Vistió el uniforme de coronel de dragones, a la cabeza del ejército. Fue lo que se llama todo un hombre, conocida con el apodo de “la Mariscal”.

A fines de 1833 se reunía en Lima la Convención para suceder a Gamarra, quien se inclinaba a favor del general Pedro Bermúdez. Doña Francisca manejaba los bártulos con tanta destreza, que la oposición perdía la esperanza de sacar triunfante a su candidato, José Luis Orbegoso. Ochenta y cinco diputados conformaban la Convención, y ella decía sin embozo que contaba con cuarenta.

El pueblo, como siempre sucede, simpatizaba con la oposición. La moda era ser orbegosista. El 20 de diciembre de 1833, día de elecciones, desde que amaneció Dios andaban los políticos que no les ajustaba la camisa; palacio era un jubileo y lima un hervidero.

A las dos de la tarde, cuando estaban los diputados en votación, asomose doña Francisca al balcón de palacio frente al arco del Puente. Aspiraba la brisa, cuando presentose un vendedor ambulante. La Mariscal oía, sonriéndose, toda la reta hila de pregones; cuando el baratijero la emprendió con una grosera copla:

“Seis veces seis, treinta y seis. Fuera de las nueve, nada, la cuenta queda ajustada, Gran puerca, ya lo sabéis”.

Bajo su orden, los mayordomos se apoderaron del insolente y le aplicaron treinta y seis zurriagazos.

Poco después, el coronel Escudero le informaba que Orbegoso era presidente por 47 votos. Bermúdez sólo obtuvo 36. El baratijero ajustó bien la cuenta, pero no contó que doña Francisca entendía la matemática del zurriago.

TIRAR LA BANDA POR EL BALCÓN



Desde la caída de La Mar, -después de la batalla de Portete - Gamarra inició una era de revoluciones y motines que, raro fue el año sin tres o cuatro presidentes en Lima.

Disputábanse la presidencia los generales Vivanco y Castilla, y Lima acataba la autoridad del primero, en la persona de Manuel Menéndez; que no era militar, sino un acaudalado agricultor, presidente del Consejo de Estado.

Fastidioso un día Menéndez y cedió el poder al vicepresidente del Consejo, Justo Figuerola; quien gobernó del 15 de marzo de 1843 al 8 de abril en que llegó Vivanco.

Y cuando este tuvo que abrir campaña contra Castilla, volvió

Menéndez a ejercer la suprema autoridad; pero el 10 de agosto de 1844, después de una rabieta, encaminose a casa de Figuerola buscando que lo sustituyera.

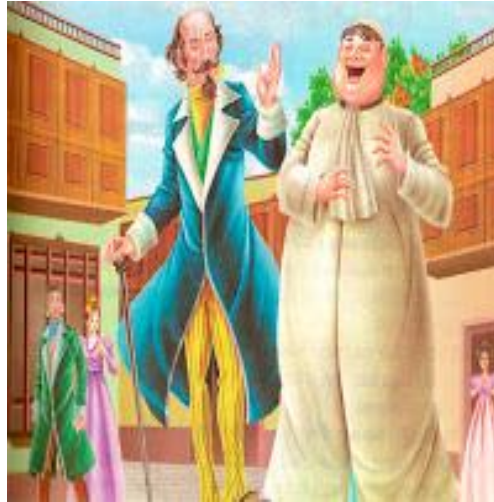
Vivía Figuerola en Plateros de San Agustín, colindante con la dulcería Broggi. El 11 de agosto, a eso de las seis de la tarde, se presentó una poblada dando gritos subversivos y amenazando con echar abajo la puerta de la casa.

Informado por su portero de lo que ocurría, Figuerola llamó a su hija política y le dijo:

- Catalina saca la banda que está en la cómoda, abre la celosía del balcón y dile al pueblo soberano que disponga de ella a su regalado gusto. Y también, que digo yo que me dejen tranquilo, y que se vayan al mon... tón.

La turba, en procesión de la banda, se retiró vitoreando al señor Figuerola y se echó a buscar a quién ceñírsela. Los notables de la ciudad impusieron a que, nuevamente, Menéndez asumiera el mando; quien, el 5 de octubre, le entregaría a Ramón Castilla - investido con el carácter de provisorio - la asendereada banda.

DE GALLO A GALLO



Entre el doctor José Joaquín Larriva y el presbítero Echegaray existía, allá por 1828, constante cambio de bromas en verso. Eran limeños, poetas festivos y aunque sacerdotes, de costumbres nada edificantes.

Hasta 1830, fue Larriva más monarquista y godo que el rey Wamba y de 1824 a 1826, más republicano y bolivariano que Bolívar. Después, fue todo lo que Dios quiso permitirle que fuera: “Un día hace frío y otro hace calor – recitaba - ¡Qué tiempo, Dios mío, tan jeringador!”.

De las creaciones literarias de Echegaray sólo se conocen las graciosas letrillas de los listines de toros, y un soneto perennizado en una pared de los Descalzos.

Eran tertulios del café de Bodegonos. Larriva padecía de reumatismo, dolencia que le ganó el apodo de “Cojo” y Echegaray era de una gordura fenomenal, por lo que el pueblo lo bautizó con el nombre de “Tinaja”

Larriva decía así del clérigo:

“Juicio final con patas; nido de garrapatas; envoltorio estupendo; tambora de retreta y sin remiendo”.

Y respondía Echegaray:

“Cállese usted, cojete, / cojo, y recojo, cojo con bonete; / cojo con muletilla; cojo y cojín con sudadero y silla”.

No había por aquel tiempo hombre ilustrado que, en la conversación familiar, no soltase un latinajo. Pues Echegaray no tuvo mejor idea que lanzárselo a Larriva:

“Si nihil difficile est, / según tu lengua relata, enderézate esa pata, que la llevas al revés”.

Y Larriva respondió:

“Cuando Dios hizo esta alhaja, / tan ancha de viento y lomo, no dijo Faciamus homo, sino Faciamus tinaja”.

Y ambas improvisaciones fueron muy aplaudidas.

EL PADRE PATA



Cuando San Martín desembarcó en Pisco con el ejército libertador, no faltaron ministros que, como el Obispo Rangel, predicasen atrocidades contra los patriotas. Que vociferen los que arriesgan la pelleja es justo; pero no que los ministros de Dios aticen el fuego. Como aquel que en una catástrofe daba alaridos: “¡Cállese, marica! ¡Quejarse por un pie torcido cuando ve muerto que no chilla!”,

Tras el curato de Chancay estaba el franciscano Fray Matías Zapata, un godo que después de la misa dominical exhortaba a los feligreses para que se mantuviesen fieles al rey: Refiriéndose al generalísimo, predicaba así: “El nombre de ese insurgente de San Martín es una blasfemia y está en pecado mortal lo que pronuncie: ¿Qué tiene de santo el malvado? ¿Llamarse así, con agravio del caritativo San Martín de Tours?... Confórmese con llamarse Martín, - añadió - por lo semejante con el hereje Martín Lutero, que debe arder en el infierno. Declaro excomulgado a todo el que grite: ¡viva San Martín!, porque es mofarse de nuestro Dios.

Los patriotas ocuparon Huacho y Chancay, y entre los caídos en Chiróna se encontraba Fray Matías. Llevaron al frailuco ante San Martín:

- ¿Es cierto que me ha comparado con Lutero, - le dijo San Martín - y que le ha quitado una sílaba a mi apellido?

El cura tembló y apenas si hilvanó que había cumplido órdenes y que predicaría devolviendo la sílaba.

-No me devuelva nada, -dijo el general- pero sepa usted que yo, en castigo de su insolencia le quito también la primera sílaba de su apellido, y lo fusilo el día que firme Zapata. Desde hoy no es usted más que el padre “Pata”.

Y, hasta 1823, no hubo en Chancay documento parroquial que no llevase por firma “Fray Matías Pata”. Vino Bolívar, y le devolvió el uso de la sílaba eliminada.

LOS RATONES DE FRAY MARTÍN



Comieron en un plato: perro, pericote y gato. Con este pareado circulaba un impreso de milagros, allá por 1840, durante la beatificación de Fray Martín de Porres.

Nació en Lima el 9 de diciembre de 1579; hijo del español Juan de Porres y de una panameña. Desde muy niño, llevó su padre a Guayaquil, donde aprendió a leer y escribir. A su regreso, aprendió el oficio de barbero en Malambo.

Mal se avino Martín con la navaja, optando por la carrera de santo. Vestió a los veintiún años de lego en Santo Domingo, donde murió el 3 de noviembre de 1639.

El lego tuvo apego por los pericotes, que llegaron con un cargamento de bacalao que envió el obispo de Palencia.

Los indios les decían hucuchas o salidos del mar. Ya en el convento, campeaban en celdas, cocinas y refectorios.

Los gatos, muy escasos, fueron traídos por el soldado Montenegro que vendió uno a Almagro “el Viejo”.

Aburridos los frailes, inventaron trampas para cazar ratones. Martín puso una en la enfermería y uno bisoño, atraído por el queso, se dejó atrapar en ella.

-Hermanito, - le dijo Martín - diga a sus amigos que vayan a la huerta, que yo les llevaré alimentos cada día. y la ratonil muchitanga se mudó a la huerta.

Martín los visitaba y ellos acudían como llamados con campanilla.

Tenía también un perro y un gato que comían en un solo plato. Una tarde, el perro gruñó y encrespose el gato, pues un ratón - atraído por el olor - asomó el hocico fuera de su agujero.

Martín, mirando a perro y gato, les dijo:

- Cálmense, criaturas de Dios; - y acercándose al agujero, añadió - salga sin cuidado, hermano pericote, debe tener hambre; aporíncuece que no le harán daño... Y ustedes, denle un lugar al convidado, que Dios da para tres.

El ratón, sin hacerse de rogar, aceptó el convite; y desde ese día comió en amor y compañía de perro y gato.

FRAY MARTÍN YA NO HACE MILAGROS



Para santo milagroso, mi paisano Fray Martín de Porres.

El escritor, padre Ventura de la Ráulica, en su panegírico de Fray Martín (1863) refiere que estuvo el santo en las Molucas, China y Japón, libertando del martirio a jesuitas misioneros, pues Dios le concedió el privilegio de la doble presencia. Consta en su proceso de canonización.

En pleno siglo XVII, todas las mañanas acudían a Santo Domingo un cardumen de viejas y muchachas devotas en demanda del lego. Fastidiado el prior de que acudieran más faldas que al jubileo, resolvió sentenciar padre – dijo el lego.

- Le prohíbo hacer milagros Sin antes pedirme permiso.

- Acato la prohibición, reverendo padre -dijo el lego.

Pero, seguía haciendo milagros de poca monta.

Un día resbalose del andamio un pobre albañil, y en su cuita gritó:

“¡Sálveme!”. Fray Martín alzó las manos y le dijo: “Espere, que voy por la licencia”. Y el albañil esperó en el aire. - ¿Qué permiso voy a dar si ya está el milagro? -dijo el prior - En fin, anda y remátalo, pero que no se repita.

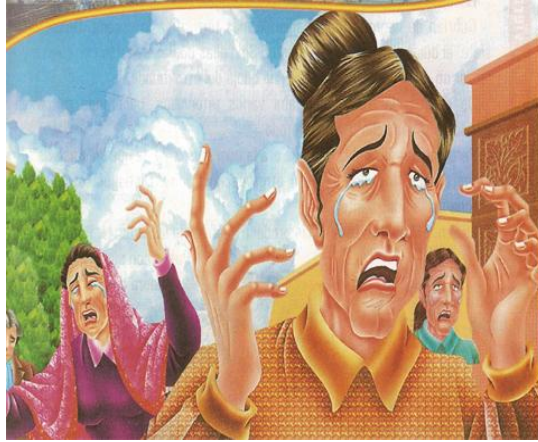
Fallecido en noviembre de 1639, a los sesenta años, nadie se quedó sin reliquia de un reta cito del hábito o sin una pulgada de tierra de la sepultura; la que, dizque, curaba la diarrea. Las reliquias se fueron al olvido, y las del convento, el arzobispo republicano Jorge Benavente, el 28 de setiembre de 1837, las remitió a Roma. ¡Si hemos sido ingratos, que ya no tenemos ni sus reliquias!

El difunto no anduvo remolón para hacer milagros. Por eso, una mañana se levantó con la vena gruesa el prior y junto a la sepultura, le dijo solemne:

“Hermano Martín, siempre me obedeciste, y no creo que en el cielo te hayas vuelto orgulloso: ¡basta de milagros... No vuelvas a hacerlos!”.

Lo que Fray Martín sigue acatando, pues de sus milagros prodigiosos, después de 1640, nada. Hoy, lo más hacedero me parece criar moscas con biberón que hacer milagros.

HAZ BIEN SIN MIRAR A QUIÉN



En Quequeña, (Arequipa) un 6 de enero de 1737, era la fiesta de los Reyes Magos. Bajo una ramada, el chogñi López ofrecía la chicha más buscapleitos de Santa María y San Lázaro. Bebían felices al llegar Marcos el Caroso, el gran guitarrista. Andrés Moreno sacó a bailar a la bella Fortunata Sotomayor. Pareja tal para cual, que Dios crió como ave para cazuela. Acabado el baile fue unánime el palmoteo. Perico Moreira, enamorado de Fortunata, -que ni pizca de caso le hacía- de pronto se llenó de celos y armó camorra al rival, echó mano al alfiler y lo dejó muerto, huyendo ante la sorpresa de la gente.

Luego, el gobernador iniciaba la terrible persecución.

Juana María Valladolid, madre de Andrés, estaba en su choza cuando un hombre, casi exánime, se detuvo allí y suplicó: “¡Por Dios, escóndame! He matado y me persiguen”. Lo dejó entrar y luego llegarían los vecinos comunicándole el crimen.

Había dado refugio al asesino de su hijo.

Cuando se retiraron todos, Juana entró y le dijo al fugitivo: “Dios condena la venganza. Por eso, yo te perdono”. Esa noche, Juana sofocaba su llanto para no alterar el sueño del asesino, y a este le devoraban las torturas del infierno.

La noche siguiente, Juana tomó una alcancía y alcanzándole 56 pesos, le dijo: “Quedo sin hijo y sin plata. Ve a Chuquisaca, el caballo de mi hijo te servirá y toma las provisiones”. Morería cayó de rodillas besando la mano de su salvadora. Dos años después un desconocido llegaba a casa de Juana y le dijo: “Perico trabaja honradamente en Potosí. El señor cura le alcanzará todos los meses 56 pesos para su sustento”.

Al día siguiente hubo en Quequeña otro suceso. El hijo de Fortunata y Andrés Moreno le fue robado a su madre.

En 1762, dos viajeros llegaban a la casa habitada por Juana y Fortunata Sotomayor. Uno de ellos era un joven sacerdote. El otro, un viejo que, arrojándose a los pies de Juana, le dijo: “Os arrebaté un hijo, os devuelvo un nieto sacerdote”

Mucho después, el presbítero Manuel Moreno, repartía por mandato del finado Pedro Moreira, su fortuna, en dotes de a mil pesos. Los descendientes bendicen la memoria de Pedro Moreira el Chiro y de Juana María Valladolid la Collota.

LA DEL “SU ÚNICO HIJO”



De clavo tal puñalada que no llegas al “sunicuijo”; era una frase a la que no encontrábamos, no diremos entripados, pero sí sentido común.

Pensábamos en uno de esos tantos gazapos o despapuchos del habla popular.

También, para significar Que alguno había muerto con ignominiosa muerte, oímos decir: le llegó la del “sunicuijo”, y quedábamos a tan oscuras como un ciego.

Pero hasta que ayer doña Mariquita, costurera contemporánea de Rodil, -dizque le pegaba los botones de los calzoncillos- dio explicación clara y correcta de la frase, que en verdad no puede ser más expresiva:

Allá en los patriarcales años del rey amo y señor, cuando un prójimo era -por ladrón o asesino- sentenciado a la pena de horca, tan luego como el verdugo le ceñía en el pescuezo la escurridiza lazada y estaba en aptitud de cabalgar sobre los hombros del criminal daba tres palmadas, que eran la señal de no quedarle preparativo por hacer y de estar listo para el cabal desempeño de sus funciones. Entonces, el fraile auxiliador del reo que se situaba frente al callejón de Petateros, a pocas varas del cadalso, mostraba un crucifijo, y con tono pausado decía en voz alta:

- Creo en Dios, Padre, todopoderoso, creador del cielo y de la tierra; y en Jesucristo, su único Hijo... y no decía más, porque al llegar al “su único Hijo”, el jinete de gznates daba la pescozada y, verdugo y víctima se balanceaban en el aire.